

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 9, 2000-2001

La prueba de la lectura (sobre Rodolfo Walsh)

Nora Ricaud

pp. 63-67

La prueba de la lectura

(Sobre Rodolfo Walsh)

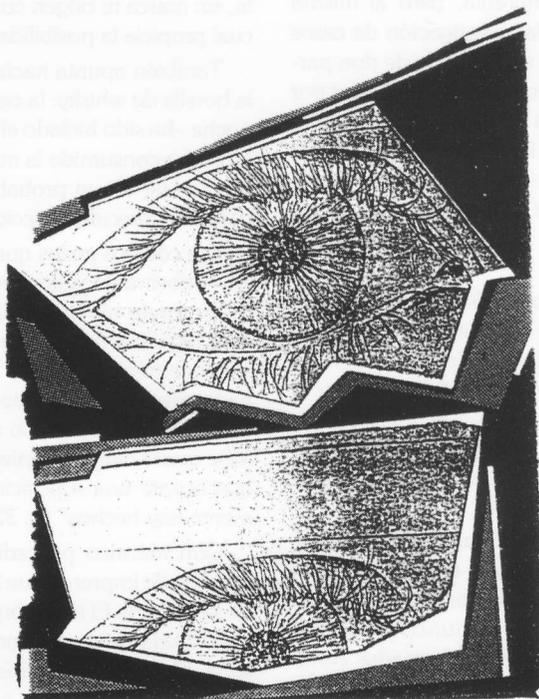
Nora Ricaud

PPRIMERO es el epígrafe, en donde el Daniel bíblico, sabio en interpretar sueños y en resolver enigmas, se ve ante el desafío de explicar una escritura.

Luego es el cadáver de Raimundo Morel, que yace inclinado sobre el escritorio de su estudio con el ojo derecho transfigurado en una herida negra. A su alrededor, una pistola de pequeño calibre; un cargador y varios instrumentos para limpiar armas, colocados sobre un periódico; una bandeja con un vaso y una botella de whisky; y debajo de un libro de tapas celestes, una pila de pruebas de imprenta.

Finalmente, es el comisario, quien ve sobre las hojas el sello de la editorial Corsario y piensa en un nombre: Daniel Hernández.

Con estos factores puestos en juego se inicia la narración y tiene comienzo la investigación del caso en "La aventura de las pruebas de imprenta", el primero de la serie de tres cuentos que integran *Variaciones en rojo*, el libro inicial de Rodolfo Walsh.



ciones en rojo, el libro inicial de Rodolfo Walsh.

El problema que ha de resolverse es el típico enigma de cuarto cerrado, por cuanto el departamento en donde ha sido hallado el cadáver está cerrado con llave, y el arma causante de la muerte pertenece a la víctima. ¿Se trata de un suicidio, de un asesinato o de un accidente?

Quién es quién

EL enigma se presenta bajo la apariencia engañosa de la sencillez y desafía a los

dos investigadores que se disputan el prestigio de elaborar la respuesta correcta.

En realidad, los investigadores que intervienen son tres, pero dos son los que importan, teniendo en cuenta el protagonismo que desarrollan por contraste y que se sostiene a lo largo de los restantes cuentos de la serie.

Del Comisario Jiménez se enfatiza su profesionalismo, "formado en la escuela de estudiosos e inves-

Argentina. Egresada de la Universidad Nacional de Tucumán. Se desempeña como docente e investigadora en la Universidad Nacional de la Patagonia Austral, en donde tiene a su cargo la cátedra de Teoría y Análisis Literario. Ha publicado trabajos en diversas revistas del país y del extranjero, sobre el género cuento, literatura infantil y narrativa policial; actualmente trabaja sobre la narración autobiográfica en la literatura argentina contemporánea.

tigadores que han incorporado a la policía científica más de una brillante innovación” (Walsh 1981, p. 16).¹ Desde esta perspectiva, el carácter de investigador privado que ostenta Alvarado, el empleado de la casa de seguros, merece la subestimación de Jiménez que lo juzga poco serio y un tanto sofisticado.

Jiménez es un estudioso que da preeminencia al trabajo de laboratorio, en donde analiza minuciosamente los materiales de prueba. “Idólatra del indicio material”, le llama Duilio Peruzzi contraponiéndolo a Daniel Hernández de quien alaba su visión intuitiva, que lo hace merecedor de “empedernirse en el encumbrado ejercicio de la crítica” (p. 77).

Daniel Hernández, por contraste, no es un investigador profesional. Trabaja como empleado de la editorial Corsario, en donde se desempeña como corrector de pruebas de imprenta, pero al mismo tiempo es un aficionado a la investigación de casos policiales, para lo cual tiene una especie de don particular. Por ello, es respetado como investigador por parte de Jiménez, que gusta de teorizar con él sobre asuntos criminales. Y hasta llega a tener cierta fama a la que se hace referencia en “Asesinato a distancia” (p. 123), en donde se afirma que uno o dos casos resueltos por él han sido publicados en los periódicos.

Este don se relaciona con la referencia del epígrafe, que cumple así la función de construir una primera identidad de Daniel Hernández. Este, en analogía con el Daniel de la Biblia, es capaz de interpretar lo que permanece inaccesible a los demás. En este caso, será quien muestre un sentido que permanece oculto para todos excepto para Daniel, que por ser dos —éste y aquél— posee el arte de descifrar.

El epígrafe cumple además la función de establecer una relación intertextual desde el punto de vista del género que representa; en efecto, este es un texto profético que se caracteriza por el anuncio de hechos efectivamente acaecidos, aunque enunciados como anticipaciones. El carácter predictivo de tales enunciados se relaciona con la modalidad que poseen el género policial y ciertas disciplinas, como la historia, la arqueología, de formular predicciones retrospectivas, ya que al estar vinculadas al desarrollo histórico no pueden reproducir las causas y sólo les queda la posibilidad de reconstruirlas hipotéticamente a partir de sus efectos.

El hombre es el método

EN el curso de los acontecimientos tienen lugar tres encuentros, tres reuniones, cuya importancia radica en el hecho de que permiten observar a los in-

vestigadores en acción, sus procedimientos de investigación, sus tipos de razonamientos.

El primer encuentro se produce en el despacho del comisario Jiménez, quien mantiene una entrevista con Daniel Hernández en su calidad de testigo, puesto que es una de las últimas personas que ha visto a Morel con vida y es quien le había entregado las pruebas de imprenta que aparecieron junto al cadáver.

Jiménez sostiene la hipótesis de una muerte accidental. Llega a ella a partir de los indicios que le brindan cada uno de los elementos encontrados en el escenario de los acontecimientos, sometidos a rigurosas pruebas de laboratorio. Así por ejemplo, hace una larga exposición sobre las características del arma: la identifica por las marcas que ha dejado en el proyectil, establece que es de fabricación deficiente, sin marca ni origen conocido y sin seguro, todo lo cual propicia la posibilidad de un disparo accidental.

También apunta hacia esa hipótesis el análisis de la botella de whisky: la certeza de que fue abierta esa noche —ha sido hallado el sello de la botella— y de que Morel ha consumido la medida faltante en ella, le hacen pensar en un probable estado de ebriedad que habría favorecido el accidente.

Los códigos en los que basa sus conclusiones son los conocimientos convencionales de la criminalística. Formula hipótesis razonables inducidas por hechos regulares que configuran situaciones hipotéticas absolutamente posibles. Lejos de Jiménez imaginar nada que no sea evidente en el análisis de los elementos de prueba. Su modo de razonar se sintetiza en la frase que le dirige a Daniel Hernández: “Yo no le pido que acepte una suposición infundada. Infortunadamente hay hechos” (p. 32).

Con idéntico procedimiento pasa revista a las pruebas de imprenta que había corregido Morel antes de su muerte. El trazo torpe de las correcciones plantea la duda de si corresponden a Morel o a otra persona. El minucioso análisis del perito calígrafo determina que sí pertenecen a Morel. Jiménez vincula entonces la escritura vacilante al dato del whisky, confirmando así la suposición del estado de ebriedad que se evidenciaría en la torpeza de la escritura y se afirma de este modo en su hipótesis de muerte accidental.

La exposición del comisario Jiménez persuade por su plausibilidad y evidencia un razonamiento básicamente inductivo que permite llegar a la conclusión a partir de las características que rodean los hechos.²

El segundo encuentro es entre Daniel Hernández y Aurelio Rodríguez, quienes comparten la oficina en la editorial. En esta circunstancia, Hernández asume de modo explícito el procedimiento de Sherlock Holmes.

1 En adelante, indicaré sólo el número de página.

2 Véase Bonfantini y Poni (1989), para las tres clases de razonamiento según Peirce.

Tiene frente a sí las pruebas de imprenta que el comisario le ha pedido que examine. El nombre de Oliver Wendell Holmes –sobre el que tratan las pruebas– le hace evocar el de Sherlock Holmes, que a su vez desencadena una serie de nuevas asociaciones. Así entra en un estado de excitada inspiración que le permite sentirse inmerso en la misma situación narrada en aquel diálogo en que Holmes le llama la atención al inspector Gregory sobre aquel curioso incidente consistente en que el perro no ladró esa noche. “¿Ha olvidado a los clásicos?”, le dice a Aurelio Rodríguez, aludiendo con ello a *Silver Blaze*, el relato de Sherlock Holmes que incluye la famosa anécdota, que es citada recurrentemente junto con muchas otras, como ejemplos de la importancia que para Holmes tienen las minucias, los detalles. Hernández aprende de Holmes y encuentra paradójicamente llamativas las partes bien corregidas de las pruebas. Esta particular capacidad de observación distingue a Daniel Hernández de los demás, tal como le ocurría a Holmes.

Por este mecanismo se completa la filiación de Daniel Hernández, cuyo procedimiento de investigación se instala como análogo al que usa Sherlock Holmes, y hasta se comporta como él al explicarle mediante preguntas a Aurelio Rodríguez –improvisado Watson– para que comprenda lo que para él ya es evidente.

A la luz de la teoría que Umberto Eco desarrolla en *Lector in fabula*, cabría señalar que Daniel Hernández se comporta como un lector con especial aptitud cooperativa frente a los detalles secundarios, aparentemente sin importancia, a esos “espacios en blanco” que adquieren de pronto valor semiológico cuando rescata en ellos un significado que se pone en juego.

El tercer encuentro, podría decirse el más importante, se lleva a cabo en el despacho del comisario que ha reunido a todas las personas involucradas en el caso. En primer lugar, el investigador Alvarado de la empresa de seguros tiene la oportunidad de hacer su exposición, que no difiere mayormente de la versión del accidente, en los términos expuestos por Jiménez, pero con la variante de considerar falso tal accidente, urdido por Morel para ocultar su suicidio, con el objeto de que su esposa pudiera cobrar su seguro de vida.

Luego habla Daniel Hernández, quien formula su teoría de un asesinato, exposición que abarca el resto del cuento. Declara que no se propone tanto descubrir la identidad del asesino como exponer el procedimiento que ha seguido para sostener su teoría. Todo su análisis se desarrolla en torno de las pruebas de imprenta, ubicándose de este modo en el terreno que le permite moverse con mayor seguridad, debido a su profesión.

“Mi demostración parte de un razonamiento por probable inferencia y se va apoyando en no menos de catorce demostraciones parciales”, afirma, adelantando de entrada el esquema de su razonamiento básicamente abductivo, que a continuación procede a desplegar extensa y minuciosamente.

De esta exposición surge la síntesis de su procedimiento, consistente en que frente a cada indicio infiere una situación hipotética que lo justifica y que luego es corroborada por necesarias comprobaciones. La formulación de tal hipótesis procede de un salto en el razonamiento, de la capacidad de intuir una situación desconocida, no prevista necesariamente en el indicio, pero con el cual encontrará coherencia en el momento de la comprobación. La realización de tales inferencias son producto de un estado de lucidez momentáneo, una especie de relámpago de inteligencia que le hace pensar de golpe en aquello que permanecía oculto y que lo conducirá a la solución del caso.

Veremos ahora de qué manera ejerce su protagonismo

Saber leer

SI bien se puede considerar que toda investigación implica, en un sentido general, un acto de lectura supuesto en las tareas de relevar hechos, analizar pruebas, interpretar los datos que ellos proveen, “La aventura de las pruebas de imprenta” involucra esta actividad de modo preciso, ya que la investigación se desarrolla privilegiando uno de los objetos de prueba, las pruebas de imprenta, que son ante todo una escritura y que como tal suscita la lectura como actividad correlativa.

Esta escritura –escrito dentro de otro escrito– cumple en el relato una función doble: es, por un lado, un elemento más de la intriga, parte constitutiva de la anécdota que se narra; por otro lado, viene a instalar en el relato una nueva instancia de enunciación, esto es, un enunciado que tiene su propio sujeto de enunciación y sus particulares circunstancias de producción, sobre los cuales debe dar cuenta la investigación, es decir, la lectura.

He ahí el desafío que suponen estas pruebas de imprenta para el investigador, que deberá comportarse como un lector competente. “Prueba” entonces, en tres sentidos, en el del nombre del objeto que designa (pruebas de imprenta), en el de la función que cumplen en la investigación (pruebas del crimen) y en el de la relación que establecen con el investigador (ponen a prueba su capacidad de lectura, prueba que debe superar).

Los elementos que se desprenden de este análisis son, de alguna manera, los que menciona Noé Jitrik en su intento de caracterizar la actividad de la lectura

desde un acercamiento fenomenológico: “la lectura está entre un sujeto que posee cierto saber, un objeto sobre el que se realiza y que la suscita y el conocimiento que procura” (Jitrik 1987, p. 36).

Daniel Hernández es el **sujeto** que realiza la lectura, frente a la cual se presenta con ciertas capacidades, ciertos conocimientos que lo distinguen de los demás. Sobre esos saberes el texto nos orienta en tres direcciones, según adelantamos: posee la intuición sagaz del profeta Daniel, el método aprendido de Sherlock Holmes y, completando ese bagaje, su oficio de corrector de pruebas lo sitúa como conocedor de las palabras y consecuentemente, como lector privilegiado.

En cuanto al **objeto** que suscita la lectura caben dos consideraciones. La primera, relativa a cómo es considerado este objeto, en particular con relación a los otros elementos de prueba. El comisario Jiménez le da el mismo tratamiento que a cualquiera de los otros “indicios materiales”, ante los cuales siempre obra de la misma manera:

toma una muestra y la envía al laboratorio. En este caso, frente a la presencia de una grafía irregular que pone en duda la autenticidad de la escritura de Morel, separa la primera galera de las demás y la envía junto con una página manuscrita de Morel para que un experto realice la pericia de la escritura.

Hernández considera que en ello se equivoca, puesto que desestima las restantes hojas en donde había elementos que posibilitaban una lectura diferente. Se puede ver que el procedimiento válido para otros objetos de prueba no lo es para éste que tiene sus propias exigencias: en efecto, en su carácter de texto exige ser considerado en su totalidad, la parte no contiene en germen al todo, sino que actúa solidariamente con las restantes para construir la totalidad.

De esta manera, se pone en cuestión el tema de la pertinencia del método conforme al objeto. Jiménez opta por el conocimiento riguroso que surge de la posibilidad de realizar generalizaciones a partir de una parte que, sometida a pruebas de laboratorio,

explica el resto. Hernández, en cambio, apuesta a arribar al secreto que se busca develar a través de un conocimiento más bien conjetural, producto de la consideración de las cualidades del objeto como un todo individual, en donde sus diferentes características encajan en una hipótesis que las explica en conjunto.

La segunda consideración que podemos hacer sobre el objeto se refiere a su naturaleza. El objeto que se ofrece a la lectura –las pruebas de imprenta– constituyen un escrito doble: por un lado es la traducción

que Morel realizó sobre la obra de Oliver Wendell Holmes, de la que no se brindan mayores datos. En segundo lugar, las correcciones que sobre esas hojas realizó el propio Raimundo Morel constituyen una segunda escritura que brinda información susceptible de ser evaluada por un acto de lectura.

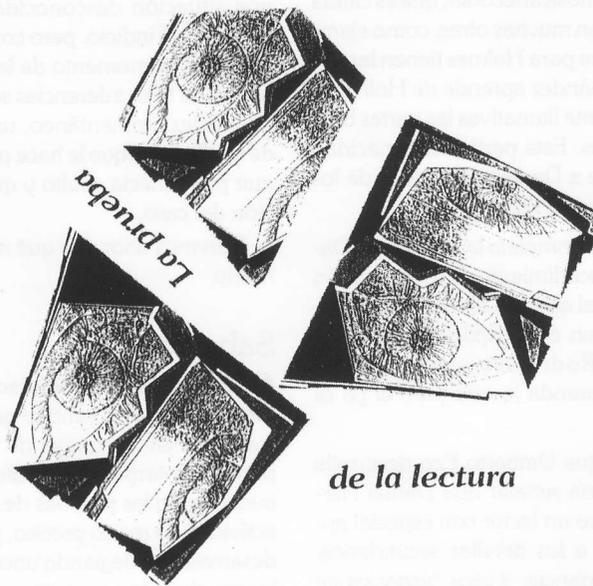
Precisamente, es a esta segunda escritura, las correcciones, que los investigadores dedican todas sus consideraciones.

¿Cuáles son los rasgos que caracterizan estas correcciones?

En primer lugar, un análisis externo da cuenta de un trazo vacilante y torpe, interpretado como indicio de ebriedad por el comisario.

En segundo lugar, el carácter irregular del trazo no es constante sino que cada tanto es reemplazado por una escritura caligráfica. A esta característica de intermitencia que él advierte, Hernández agrega un rasgo que surge de un análisis interno y es que las correcciones son siempre pertinentes y precisas, incluso en las partes en que la escritura es torpe. Todo ello le permite descartar la hipótesis de ebriedad y pensar, en cambio, en un asesinato, cuyas circunstancias se atreve a inferir.

En tercer lugar, de acuerdo a la función que cumplen, las correcciones de pruebas de imprenta constituyen en sí mismas un escrito muy particular que tiene por objeto marcar las faltas en la construcción y en el contenido de un texto. Supone en quien las realiza un sujeto que ejercita esta escritura como un



de la lectura

acto de evaluación de un escrito, es decir, que las correcciones son la huella de su actividad de lectura. Estas huellas se realizan mediante determinados signos convencionales que urden una trama capaz de dar cuenta no sólo del contenido del texto sobre el que trabaja, sino también sobre el propio ejecutor de las correcciones.

Este tipo particular de lector que es el corrector posee cualidades que lo distinguen del lector común: cuanto más experto, más lento y más atento a los detalles. Su lectura silabeada, regular se traduce en marcas también regulares. Raimundo Morel poseía esta particular competencia lectora y Daniel Hernández la comparte por tener el mismo oficio, lo que le permite dar cuenta más acertadamente de este objeto de investigación.

El último aspecto por analizar, el **conocimiento** que la lectura procura, nos enfrenta a la cuestión de la referencialidad. Al respecto hay que tener en cuenta que la primera referencia obligada de toda corrección de pruebas es el texto al que se aplican las correcciones, sobre el cual nada informa el relato.

Se actualiza así la pregunta acerca de qué conocimientos obtiene Daniel Hernández de la lectura atenta que hace de este escrito. La primera información que obtiene es la referencia a otro texto, el relato de Sherlock Holmes, que no aparece explícitamente, sino evocado indirectamente gracias a sus lecturas previas. Esta evocación lo habilita para utilizar los procedimientos de Holmes, que le abren nuevos cauces para la lectura.

Posteriormente, el entramado de las correcciones le provee el conocimiento del proceso mismo de esa escritura, sus condiciones de realización. La lectura de las marcas le permite relevar la alternancia entre rasgos regulares e irregulares como una textualidad con sentido, al inferir que las mismas se realizaron durante un viaje en tren, con sus correspondientes paradas en las estaciones, circunstancia que viene a justificar tal notación.

Al ahondar en los detalles de la escritura puede llegar a conocer el destino de ese viaje, sus motivaciones y su vinculación con las causas de la muerte

de Morel: esto es, que la esposa de Morel mentía al decir que su marido estuvo en la casa entre las siete y las nueve, las correcciones "dicen" que estuvo en un tren, cuyo itinerario también se lee en las pruebas que además señalan como destino el domicilio de Anselmo Benavidez, el amigo de Morel. De allí la posibilidad de inferir un romance entre Benavidez y Alberta, que habría justificado tanto el viaje de Morel para mantener una conversación con su amigo, como la voluntad de la pareja de enamorados de eliminar a Morel.

Toda esta información que Hernández obtiene de su lectura es expuesta bajo la forma de un discurso argumentativo frente a los implicados, formulación que tiene el valor de explicitación de su hipótesis y que persigue como finalidad la persuasión de su auditorio para eliminar de este modo el carácter provisorio inherente a toda hipótesis. En efecto, la fuerza de su argumentación se manifiesta en el efecto perlocucionario que despierta su enunciado —en términos de la teoría de los actos de habla—, ya que el sospechoso Anselmo Benavidez reacciona ante la evidencia de los sucesos expuestos, confesándose culpable juntamente con Alberta.

Este discurso tiene importancia, además, por la funcionalidad que le cabe en la estrategia del relato: se ubica hacia el final, porque constituye el último dato de la intriga, con función de desenlace y solución del enigma. Sin embargo, internamente, en el plano de la ficción, el contenido del enunciado de Daniel Hernández es conocido por él con anterioridad. El texto da cuenta de esta prioridad en el orden de los acontecimientos al mostrarlo ejecutando acciones que en ese momento de la narración resultan misteriosas. Esta breve anticipación, que opera como índice de suspenso, se despliega luego en la exposición, donde revela todo su sentido.

Las atrevidas hipótesis de Daniel y la seducción que ellas ejercen sobre su auditorio lo señalan como un lector privilegiado que no sólo posee el conocimiento de los códigos sino que además tiene la imaginación capaz de multiplicar los alcances creativos de la lectura.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Bonfantini, Massimo y Proni, Giampaolo (1989). "To guess or not to guess?", en Eco, U. y Sebeok, Thomas (eds.), *El signo de los tres*. Barcelona: Lumen.
- Eco, Umberto (1981). *Lector in fabula*. Barcelona: Lumen.
- Jitrik, Noé (1987). *Cuando leer es hacer*. Universidad Nacional del Litoral: Cuadernos de Extensión Universitaria.
- Walsh, Rodolfo (1981). "La aventura de las pruebas de imprenta" (pp. 11-69); "Variaciones en rojo" (pp. 77-111); "Asesinato a distancia" (pp. 113-157), en *Obra literaria completa*. México: Siglo XXI.